

### Jesús González Requena:

Hace poco tiempo alguien desde la metrópoli de la Modernidad proclamó de nuevo el fin de la historia. Su discurso, aunque no muy brillante, expresaba una vez más el delirio de la Modernidad, es decir, el delirio de un mundo totalmente racionalizado, ajustado, integrado, eficazmente regulado por los sistemas y redes de la comunicación y el intercambio económico.

Y sin embargo... Sin embargo, la sensación que invade a Occidente en este fin de siglo es la de que la barbarie amenaza por todas partes. Sobran los datos: Yugoslavia, Zaire, retorno de los fascismos...

Pero quizás la mejor metáfora nos la ofrece la escenografía misma de la Metrópoli tal y como nos la devuelven las representaciones cinematográficas: en ellas la calle aparece como espacio de pánico, habitado por las más variadas formas de violencia psicopática.

Ahora bien: ¿no debían ser las calles de la ciudad de la Modernidad vías de feliz, ajustada, integrada circulación, comunicación e intercambio? Pero no es la escenografía de la Modernidad la que reina en esas representaciones, sino más bien una escenografía que le es opuesta, y a la que por eso conviene el nombre de posmoderna: pues en ella se manifiesta el reinado de lo opuesto mismo al orden comunicativo: la violencia y la desintegración.

Ni siquiera la autopista de las autopistas comunicativas, Internet, parece inmune a la barbarie. La violencia de la huella fotográfica, desde el porno duro al snuff, ya la habita.

Esta es entonces la paradoja de la Modernidad: que aunque sus discursos y sus dispositivos funcionan cada día con mayor eficacia –los avances tecnoló-

gicos de toda índole no cesan de demostrarlo– la Modernidad misma, como proyecto civilizatorio, parece cada día más frágil, más vulnerable, amenazada de estallar en mil pedazos.

Pues bien, quisiera proponerles un diagnóstico rápido: el mal de la Modernidad, ese que hace que su malestar no deje de intensificarse en los últimos años, podría ser el efecto de la recusación, es decir, de la negación radical, en sus discursos, de la subjetividad.

Pues los discursos de la modernidad configuran un mundo racional, objetivo y, a la vez, imaginario, poblado de objetos para el deseo, de objetos diseñados al servicio del Yo, en la perspectiva de su plenitud narcisista. Y, en esa misma medida, conciben al propio individuo como no otra cosa que un objeto. Y así, al objetivizarlo, borran su subjetividad.

De hecho, como en los albores cartesianos de la Modernidad, estos discursos insisten en concebir al hombre como una máquina, por más que sea ésta una máquina aggiornata en sus variantes económicas, comunicativas, psicológicas o cibernéticas. Pues ya se trate de una máquina productiva o consumidora, comunicativa o cognitiva, incluso deseante, será, en cualquier caso, una máquina objetiva y, en esa misma medida, eficazmente ajustable.

Y de hecho, el capitalismo en su fase publicitaria ajusta esos dos planos –el objetivo y el subjetivo– a la perfección: los intercambios económicos se traducen en consumo deseante: los objetos económicos –las mercancías– son sistemáticamente promovidos, vía publicitaria, al estatuto de objetos de deseo propuestos para colmar el Yo de su consumidor. Y así el deseo imaginario se metamorfosea en valor de cambio y, por tanto, en capital.

Esto es pues la Modernidad: la feliz articulación del plano lógico-comunicativo, semiótico, con el plano imaginario. Podríamos decir, en términos psicoanalíticos, que los discursos de la modernidad realizan el más eficaz ajuste del principio de realidad al servicio del principio del placer: realizan, objetivamente, un mundo imaginario, al servicio de la demanda narcisista del Yo.

Ahora bien, es éste capitalismo publicitario el que debería, de acuerdo con lo que afirmaba el cualificado asesor de la Casa Blanca, poner fin a la historia. ¿Pues acaso no se había derrumbado el muro de Berlín por el simple efecto de la fascinación que en las sociedades del Este alcanzó el escaparate publicitario del mercado occidental?

Y sin embargo, decíamos hace un momento, la barbarie amenaza por todas partes. Algo que está más allá del principio del placer y del principio de realidad, algo del orden de la pulsión de muerte, amenaza con hacer estallar en mil pedazos esa realidad objetiva e imaginaria que es la de la Modernidad.

Y, de hecho, los textos de la Posmodernidad, los espectáculos cinematográficos y televisivos, no cesan de poner en escena ese estallido en una incesante escenografía siniestra cuyos dos extremos más caracterizados son el cine pornográfico y de terror, por una parte, y, por otra, el reality-show.

En ellos reina eso que los discursos de la Modernidad excluyen: allí se levanta, para el goce de la pulsión que anida en la mirada de su espectador, el espectáculo de las huellas siniestras de lo real.

En suma: mientras los discursos de la Modernidad construyen una realidad tan objetiva como imaginaria, pletórica de objetos para el deseo del Yo, los textos de la Posmodernidad alimentan el goce de sus espectadores con un proceso voraz de destrucción de esa misma realidad en una suerte de bacanal siniestra de aniquilación visual de sus objetos de deseo.

Pues bien, quisiera terminar llamándoles la atención sobre la cadencia común de la que sin embargo participan tanto unos como otros: ni en los textos de la Modernidad ni en los de la Posmodernidad existe lugar alguno posible para la verdad.

Para los primeros, como se sabe, sólo existe la objetividad: la verdad ha sido deconstruida, denunciada como ilusión, como efecto de sentido del significante y de los juegos de intercambio y comunicación que él mismo regla.

Y, por lo que se refiere a los otros, a los textos de la Posmodernidad, tampoco: pues en ellos sólo lo real, en su manifestación siniestra, parece poseer densidad.

Esta es entonces la hendidura, la esquicia de sesgo psicótico que atraviesa a los discursos de Occidente: pues esa escisión entre la objetividad de los objetos y lo real de los cuerpos en su desgarró, no deja ningún espacio a la dimensión misma de la verdad. Es decir, a esa dimensión simbólica en la que la verdad nace como el efecto de la palabra dada –esa palabra que, en su manifestación más esencial, configura la dimensión, es decir, la posibilidad de ser, del sujeto–.

Como si entre el campo de lo objetivo e imaginario por una parte y el de lo Real por otra se hubiera abierto un foso insalvable que cegara todo lugar para el sujeto, que impidiera todo verdadero anclaje simbólico para su Deseo.

Pero no quisiera que mis palabras fueran interpretadas de manera pesimista.

Pues sospecho que los tiempos de la deconstrucción han concluido ya, aunque los grandes medios de comunicación, como es costumbre, no se hayan enterado todavía.

El hecho de que nos cite aquí bajo el enunciado de *La presencia del sujeto* creo que es uno más de los síntomas de ello y, en esa misma medida, de la emergente, aunque difuminada, conciencia de la necesidad de un nuevo paradigma, ya no de la deconstrucción, sino, por el contrario, de la reconstrucción.

**Modernidad y Postmodernidad**, en Presencia del sujeto, Mesa redonda celebrada con ocasión de la presentación de Trama y Fondo en los salones de los cines Alphaville, Madrid, noviembre de 1996, Trama&Fondo nº 2, Madrid, 1997.

[www.gonzalezrequena.com](http://www.gonzalezrequena.com)